

RESEÑAS

CORTIJO OCAÑA, Antonio, *La porfía: identidad personal y nacional en Lope de Vega*, Barcelona, Anthropos, 2013. ISBN: 978-84-15260-59-2. 253 páginas.

La Leyenda Negra es un conjunto de estereotipos negativos que pintan a los españoles como un pueblo especialmente bárbaro, codicioso, cruel y tiránico. Es una imagen que dominó la idea de lo español durante los siglos XVI y XVII, y que ha sobrevivido después, aunque esta vez superpuesta con otras concepciones, algunas de ellas ambiguas o directamente positivas, como las derivadas de la idea de la España romántica. Aunque el término fue acuñado a comienzos del siglo XX por Julián Juderías, hoy la crítica usa el concepto retrospectivamente y atendiendo a su utilidad. Es cierto que para emplearlo necesitamos en primer lugar precisar o corregir algunas ideas de Juderías, sobre todo las relativas a la falsedad de las acusaciones antiespañolas: los estudios actuales no tienen tenor apologético, y sobre todo no consideran apropiado contrastar el espíritu nacional con lo que se dice sobre él, pues ven ese espíritu más como un constructo que se forma en este tipo de polémicas que como una esencia que se pueda representar con mayor o menor fidelidad.

Los trabajos sobre la Leyenda Negra en relación con la historia de la literatura están actualmente viviendo una suerte de edad dorada, impulsados por los estudios acerca del nacionalismo —como el reciente libro de Veronika Ryjik— y por los trabajos que han dado a conocer la imagología en el ámbito de nuestra disciplina —las diversas aportaciones de Yolanda Rodríguez Pérez—, así como por la actividad de un grupo de investigación formado por diversas universidades europeas y liderada por la Universiteit van Amsterdam. Visto este panorama, se diría que estamos ante toda una corriente dedicada a examinar el reflejo en la literatura de un fenómeno que hasta hace poco se consideraba más bien patrimonio del historiador.

En este contexto podemos inscribir el libro que nos toca reseñar, *La porfía: identidad personal y nacional en Lope de Vega*, de Antonio Cortijo Ocaña (Universidad de California-Santa Bárbara). En él, Cortijo Ocaña abre una vía esencial para los estudios literarios acerca de la Leyenda Negra: fijarse en cómo los autores áureos, y en particular Lope de Vega, respondieron a las opiniones antihispánicas con su literatura. En este sentido, *La porfía* debe relacionarse con otros hitos —Arredondo, Roncero López— aparecidos en los últimos años, y que han examinado la munición que los españoles aportaron a las guerras de la pluma del momento. Como ellos, y en la estela del clásico estudio de José María Jover, Cortijo Ocaña demuestra con creces que los escritores españoles conocían perfectamente lo que se decía sobre el carácter español en Europa y que contestaron con virulencia esta imagen negativa de su patria.

Mucho más arriesgada resulta la tesis principal de *La porfía*, o más bien la tesis de la primera parte del volumen y su conexión con la segunda parte del mismo. Y es que Cortijo Ocaña divide su libro en dos partes de casi igual longitud (unas cien páginas) en las que examina cómo Lope representó el carácter español en dos grupos de obras dramáticas (dos ciclos, según autor) que normalmente no se han relacionado. Estos dos ciclos son, y siempre de acuerdo con Cortijo Ocaña, el de la porfía y el de las guerras de Flandes. El primero lo constituyen las comedias *Porfiar hasta morir*,

Porfiando vence amor y *La porfía hasta el temor*, y se centra en la figura de Macías el enamorado y en la cualidad de la porfía amorosa, que, explica Cortijo Ocaña, Lope interpreta «*in bonam malamque partem*» (13), es decir, a un tiempo como una cualidad (perseverancia) y un defecto (obcecación). Para Cortijo Ocaña esta cualidad expresa la ambigüedad trágica de la pasión amorosa, y también, lo que resulta más polémico, una cualidad esencial del carácter español, porque «Macías representa lo español y representa al [sic] amor; su muerte en Santiago sólo provoca una simbiosis más entre los motivos del amor-muerte y la elevación barroca del apóstol a patrón de las Españas» (52). El autor podría haber sostenido con más argumentos textuales una asociación tan esencial para su tesis y tan sorprendente, lo que podría haber hecho utilizando, por ejemplo, un dato que él mismo aporta (42): aunque el Macías de la tradición era gallego, Lope lo hace montañés, lo que podría tener implicaciones notables para una lectura del personaje como epítome de la nación española, que es lo que sostiene Cortijo Ocaña.

Basándose en esa asociación entre lo español y la porfía, Cortijo Ocaña se adentra en el segundo de los ciclos que examina, el de las guerras de Flandes, en el que incluye tres comedias lopescas —*Los españoles en Flandes*, *Pobreza no es vileza* y *El asalto de Maastrique*— y una atribuible ya al Fénix, ya a Alonso Remón —*Don Juan de Austria en Flandes*—. Es decir, se trata realmente de las comedias sobre la primera parte de la contienda, la previa a la tregua de 1609, pues no tiene en cuenta otros textos lopescos acerca de la guerra de contra las Provincias Unidas, como por ejemplo *El Brasil restituído*. Cortijo Ocaña ve este corpus tan claramente delimitado como un esfuerzo coherente de Lope por llevar a cabo una especie de contrapropaganda para contrarrestar la imagen negativa que difundían los textos de la Leyenda Negra (177-178), y que el Fénix conocía por diversas vías, entre ellas las crónicas de Flandes en que se basó para escribir sus comedias. Para contestar a lo que consideraba calumnias extranjeras, Lope propone una antiimagen del carácter español, un reverso total del estereotipo negativo que difundía la Leyenda Negra. Con ella, el Fénix contrasta la avaricia y traición de los flamencos con los pobres y fieles españoles, que jamás podrían ser acusados de los vicios que encarnan los enemigos, y que sin embargo la Leyenda Negra les achacaba a los españoles. Además, Cortijo Ocaña resalta que la porfía también forma parte de esta imagen patria, pues la perseverancia hispana se opone a la alevosía de los flamencos, enfrentándose así porfía (en este caso en el sentido puramente positivo del término) y perfidia (216). Y es que para el autor de *La porfía* los aspectos amorosos y militares de la porfía se unen en el carácter español que presenta Lope, del mismo modo en que las tramas amorosa y principal se intercalaban en estas comedias de Flandes. Desde luego, en esta segunda parte Cortijo Ocaña demuestra con eficacia que Lope estaba preocupado por la imagen de España, y que ofreció una positiva para contrarrestar la que difundía la Leyenda Negra. Además, enfatiza con razón el hecho de que el Fénix adoptara una identidad militar —los protagonistas de estas obras son soldados de los tercios— para forjar su imagen del carácter patrio. Reiteramos que lo que no resulta totalmente satisfactorio es la conexión entre esta imagen del español en las comedias de Flandes y la del «ciclo de la porfía». Como el propio Cortijo Ocaña deja entender con sus datos acerca del uso de la palabra «porfía» en el teatro lopesco, el Fénix asociaba la porfía —con su lado negativo y positivo, como demuestra el autor— con el amor, pero no exclusivamente con los enamorados españoles.

Pese a esta objeción, *La porfía* se nos antoja un libro valioso. En él Cortijo Ocaña aprovecha conocimiento y material de investigaciones anteriores, que determinan la forma y las partes del libro. Así, la primera sección —sobre el «ciclo de la porfía»— procede de la faceta medievalista del autor, y de sus análisis de la novela sentimental y de la figura de Macías el enamorado, así como con su experiencia como editor de *Porfiar hasta morir*. En cuanto a la segunda sección, se relaciona también con una edición crítica —la de *Los españoles en Flandes*—, pero también con sus trabajos sobre la Leyenda Negra en Inglaterra y sus ediciones de crónicas de la guerra de Flandes (Coloma de Saa y Bernardino de Mendoza). Cortijo Ocaña emplea en diversas ocasiones materiales de estos libros, lo que convierte *La porfía* en un tesoro de información muy detallada y de alto nivel de especialización. Sin embargo, en ocasiones las suturas se notan demasiado, y el estilo se acerca a lo digresivo. Se aprecia en la extensísima longitud de algunas citas —en otras ocasiones, Cortijo Ocaña integra de modo capaz texto y análisis—, dando una impresión que se podría haber evitado aclarando la relevancia de esta información —valga como ejemplo la disquisición sobre el *Book of Common Prayer* o la Leyenda Negra y la imagen nacional británica— para comprender las tesis del libro.

Pese a ello, la impresión general que produce *La porfía* es positiva. Cortijo Ocaña domina la historiografía del momento, conoce a fondo la difusión de la Leyenda Negra en varios países, y sabe analizar textos muy diversos del Fénix. Conoce asimismo la bibliografía, que es impresionante, completísima y muy actualizada, y eso en un campo tan ingente como el de la Leyenda Negra y aplicado a un autor sobre el que se ha escrito tanto como es Lope. Además, y sobre todo, Cortijo Ocaña ha dado con un aspecto clave que le revela un lector inteligente y un crítico original: la importancia de la literatura del Siglo de Oro para entender la difusión de la Leyenda Negra y la respuesta que los españoles áureos le dieron a los estereotipos negativos que contenía. En estos aspectos, *La porfía* es un libro importante, que abre un camino que se antoja muy rico para futuras investigaciones.

ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
UNIVERSITÉ DE NEUCHÂTEL

GARCÍA REIDY, Alejandro, *Las musas ramera. Oficio dramático y conciencia profesional en Lope de Vega*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2013. ISBN 978-84-8489-743-9. 440 páginas.

Tras la clausura del texto por los formalismos, su disolución en *écriture*, como premisa para la patente de corso de un archilector que reclama su derecho a descontextualizar su objeto, remató cualquier perspectiva de historicidad, donde las prácticas de escritura y lectura se interrelacionan con la vida y la multiplicidad de sus componentes, tanto materiales como ideológicos. Con un notable empeño, una creciente tendencia de la crítica actual está recuperando una mirada sobre los textos que, renovando el viejo positivismo desde la riqueza teórica de las últimas décadas (*cultural studies* incluidos), los devuelve a una dimensión estrictamente humana, donde el autor vuelve de la tumba a la que pretendieron arrojarlo Foucault y Barthes, pero también suena la hora del lector y se presta atención a los mecanismos que regulan el diálogo entre ambos, incluido el mercado objeto de tantos denuestos.